



REVISTA SEMANAL.

Saldrá los días 8, 14, 23 y 30.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

ÉPOCA II.—NÚM. XIV.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada 14 de Octubre de 1875.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, librería de la Aurora, Navas, 24.

SUMARIO.

Una preciosa página en la vida de un hombre ilustre, (traducción.)—**Ruego materno,** poesia, por D. Saturnino Martínez.—**Solo un Dios y solo un culto!** novela de costumbres, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Gotas de bálsamo,** poesia, por id.—**El palacio de Montsabrey,** novela.—**Seccion infantil,** por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.

UNA PRECIOSA PÁGINA

EN LA VIDA DE UN HOMBRE ILUSTRE.

I.

Corria el invierno de 1828.

En un pueblecito de la diócesis de Lyon (Francia) vivia un jóven sacerdote recién ordenado, encargado de la cura de almas. Afable y bueno con todos, sus consejos y su caudal se hallaban siempre á disposicion de los infelices. Rogaba á Dios y amaba á los hombres, siendo de aquellas hermosas almas que dicen: «Levantar las manos es muy bueno, pero es todavía mejor abrirlas.»

En muchas circunstancias habia demostrado que la amenidad en el trato no siempre suele ser indicio de debilidad de carácter.

No pocas veces se habia visto obligado á defender los derechos de la parroquia contra las usurpaciones del consejo municipal; y como se trataba de sus ovejas, el buen pastor habia logrado, conciliándolo todo, atraerse una general simpatía.

Jamás emprendian cosa alguna los habitantes de aquel oscuro rincon de Francia, sin que fuesen á consultar á su Párroco.

Podia asegurarse que él era en la aldea el abogado, el notario, el arquitecto, el médico y hasta el escribano.

Él era quien llevaba la correspondencia de su pequeño reino, en el que apenas si habia quien supiese leer los evangelios en gruesos caracteres.

—¡El Sr. Cura, se decia en dos leguas a la redonda, es el primer padre de los pobres y el segundo hijo de Dios!

II.

Febrero tocaba á su fin.

El invierno habia sido rudo.

Las montañas se hallaban cubiertas de nieve.

El valle semejava un inmenso velo blan-

co, bajo cuyos hilos dormían sepultadas las esperanzas de todo un año.

Los pobres, que todos los días veían llegar á sus chozas al Cura, le decían continuamente:

— Pedid á Dios por nuestros campos, señor Cura. Si el hielo no desaparece, se perderá toda la simiente.

Á lo que el Cura respondía:

— Tened confianza, amigos míos; Dios hace bien todo lo que hace.

«Dios hace bien todo lo que hace.» Hé aquí toda la lógica de su corazón, toda la elocuencia de su talento. Y constantemente repetía este adagio, que aunque escrito por un autor profano, no deja de ser una buena y santa palabra.

Una mañana la vieja y única campana de la aldea, empezó á llamar á los vecinos al despuntar la aurora.

Al oír el clamoreo de rebato, sobresaltados todos, salían de sus chozas preguntando en su turbación, qué parte del pueblo era presa de las llamas.

Pero la campana no tocaba á fuego, sino á otro mal mucho más terrible y devastador.

Al fuego se le combate, se le hace frente, se le corta; pero no era el fuego, sino el agua que sube, que bulle, que se desparra y rompe los diques y las barreras; la inundación que se precipita desenfrenada á través de los montes y los valles, nivelando las colinas, minando los fuertes muros, y arrastrando los árboles y las casas al empuje irresistible de sus ondas desencadenadas... ¡la inundación!

La mitad del pueblo se hallaba ya cubierto de agua cenagosa. Caballos, vacas y carneros sobrenadaban relinchando, mugiendo y balando, arrastrados con sus establos y pesebres por el torrente de aguas, cuya presencia nadie había podido adivinar.

El buen Cura, que había pasado la noche á la cabecera de un enfermo, fué el primero en acudir al peligro. Gracias á su entereza y sangre fría, se pudo calmar el pánico, se organizaron los auxilios y á los pocos momentos una compañía de trabajadores maniobraban maravillosamente bajo las órdenes y dirección del Párroco.

III.

De pronto un grito horrible sale al mismo tiempo de todas las bocas.

El torrente furioso, inclinándose un poco, acababa de precipitarse sobre una choza que se hallaba aislada.

En un momento el agua la bañó hasta el techo, y en lo más elevado de este apareció una mujer medio desnuda, arrastrando á dos niños, uno de los cuales todavía era de pecho.

Y el agua continuaba subiendo, subiendo con la mayor rapidez.

El torrente, como irritado por la resistencia, arrastró los débiles muros de la choza construida sobre arena.

Ya la base había desaparecido, y los barotes y la argamasa se veían sobrenadar precipitados en medio de las múltiples y encontradas corrientes de aquel borrascoso océano.

Nadie se atrevía á aventurarse en aquel golfo, en que cada remolino aguardaba un ser que devorar.

Sin embargo, Jacobo el herrero, conocido por su fuerza y su valor, había tentado por tres veces dirigirse á nado en auxilio de la pobre familia... pero otras tantas veces hubo que tirar de la cuerda á que iba atado, para en caso de inmersión.

Otros dos, el barquero Pedro y el guarda-monte Ivon, también se arrojaron, pero sin conseguir abordar la choza.

Y el agua, seguía subiendo.

Dos minutos más, y la madre y los niños serían tragados por el remolino.

IV.

En esto, oyesse el galope de un caballo; todos se vuelven: es el Cura que aparece montado en la jaca torda que todos los domingos le prestaban en la granja, para ir á decir la segunda misa al anejo de la parroquia.

Rápido como el pensamiento, lanza el fogoso bruto á las ondas. Rodéalo estas por todas partes. Lucha el buen Párroco animando á la jaca. Las espumas le cubren. No pocas veces se le ve desaparecer debajo de las nuevas corrientes.

Por último llega á la techumbre: pero cuatro personas es demasiado peso para una jaquita en medio de las aguas, que á poco le arrastrarían al fondo. Hará dos viajes. Toma en sus brazos los dos niños que en su abnegación maternal le alargaba la pobre mujer, y vuelve la brida hácia la orilla.

Pero el peligro se aumenta porque las aguas van creciendo.

Por último, al cabo de unos momentos de terrible angustia, los deposita en la orilla.

Todos los espectadores quieren detenerle

al ver la muerte segura que le aguarda, pues el torrente brama ya de una manera espantosa.

En vano; de un saltó hace volver grupas á la jaca, murmurando: «Rogad por mí. ¡Dios hace bien todo lo que hace!»

Hombres y mujeres, niños y ancianos caen de rodillas rogando al cielo por el pastor que abrasado de caridad desprecia su vida por salvar la de su oveja.

Pero sus ojos no se elevan al cielo, sino que siguen en dolorosa angustia al buen sacerdote que lucha con las olas en su héroe ardimiento.

Un fuerte ruido suena en medio de aquel turbulento mar. La techumbre en que se alzaba la mujer, es arrastrada por el remolino, y húndese la pobre madre.

Un grito sale de todas las bocas.

Peró las manos del Cura asen los cabellos de la infeliz, y llega con ella á la orilla, donde la entrega, cayendo él tambien en el suelo, cubierto de fatiga y lleno de emocion, repitiendo tambien por lo bajo: «Dios hace bien todo lo que hace.»

La admiracion, la gratitud y el entusiasmo de todos rayó en delirio.

Desde aquel dia el Cura fué un héroe, más todavía, se le miró como á un santo. Realmente, no se equivocaban.

No sabiendo como darle una prueba de su agradecimiento y de lo mucho que le amaban, idearon un medio tan extraño como nuevo.

Pocos dias despues se reunia el pueblo para votar los oficiales de la nueva compañía de zapadores bomberos, y el nombre de aquel ser tan querido salió de la urna cívica.

El Cura fué nombrado por unanimidad capitán de bomberos.

V.

Admirado el sacerdote de tal eleccion y manifestando que no podia avenirse la sotana con el casco, la barba, el sable y el hacha, todos los electores respondieron que el sub-prefecto veria como arreglarlo, porque ellos de ninguna manera admitirian la renuncia.

Formóse el expediente y remitido á la administracion, llegó como era uso al ministerio del Interior.

Grande fué la risa que produjo en las mesas todas la noticia de tan original eleccion, y el jefe no pudo por menos de ir á referir tan extraño caso al mismo ministro.

Este soltó tambien la risa, y queriendo dar un buen rato al Rey, se personó en su cámara.

En dos ó tres dias no se habló en palacio más que de la eleccion del capitán de bomberos.

VI.

Al mes, hechas las competentes informaciones, firmaba el Rey Carlos X el nombramiento del Cura como coadjutor del señor Obispo de Nancy.

En esta dignidad fué vivo ejemplo de todas las virtudes.

En la actualidad el pobre Cura de la aldea inundada y capitán de los zapadores-bomberos, es uno de los hombres más influyentes en la iglesia de Francia, por su vastísima ciencia y reconocida virtud.

Si vais allá alguna vez y quereis conocerle, no teneis más que preguntar por el Cardenal Donnet, Arzobispo de Burdeos.

(Traduccion.)

RUEGO MATERNO.

¡Oh! tú, Señor, que con bondad suprema
riges el movimiento y das la vida,
piedad te pide en lágrimas bañada
esta madre afligida!

Mírame al pié de tu sagrada imágen
lamentando el rigor de la fortuna,
sola con mi afliccion, y el hijo mio,
enfermo en pobre cuna.

Enfermo está mi arcángel!... y en la alcoba
donde postrada estoy junto á su lecho,
solo se oyen mi voz, y el comprimido
respirar de su pecho.

La noche está serena; mas mi oído.
hasta en el eco que lejano zumba,
sueña escuchar los ecos que da el hombre
abriéndole la tumba.

Tiene fijos en mí los tiernos ojos;
y en su inocente faz descolorida
pintada está la angustia que consume
la savia de la vida.

El es, Señor, el ángel que yo adoro
en el cielo feliz de la inocencia,
la estrella que ilumina el horizonte
de mi pobre existencia.

Es el cisne que gime adolorido
de mi amor en la orilla silenciosa;

el brillante que ostenta solitario
mi diadema de esposa.

Quando no sufre el inocente mio,
siempre con sus halagos me consueta,
y es un eden de risas para mi alma
su boca pequenuela.

Mas hoy que nubla sus azules ojos
y consume, la angustia su belleza,
me traspasan el pecho sus miradas
de angélica tristeza.

Póngolo tierna con amantes brazos
á los piés del sagrado crucifijo,
y parece tan rubio y tan hermoso
que es un ángel mi hijo!

Míralo aquí!... su frente está marchita,
velase en sus pupilas la luz pura...
¡que no muera, Señor, que no se apague
el sol de mi ventura!

Muévate á compasion la triste madre
que de la vida en el oscuro yermo,
piedad te pide en lágrimas bañada,
al pié del hijo enfermo!

Saturnino Martínez.

(Cuba.)

¡SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO!

Novela de costumbres.

(Continuacion.)

VII.

¡Los celos! torcedor terrible del alma; martirio cruel del espíritu; negro velo que ciega nuestros ojos y oscurece nuestro porvenir; desencanto espantoso que mata las esperanzas y hace triste y sombría la vida!

¡Pobre Elena! cuánto sufrió cuando les sintió penetrar en su pecho sin saberles dar un nombre aún y sin explicarse siquiera su origen.

Todo el tiempo que Ricardo permaneció al lado de la hermosa Fanni, ella inmóvil, muda, semejante á una bella estatua, les miraba sin darse cuenta de lo que sentía, y del mismo modo permaneció hasta que se alejaron de aquel sitio, internándose en la casa.

Entonces ocultó la frente entre sus manos, sintiendo que sus ojos se llenaban de lágrimas.

Así hubiera permanecido mucho tiempo si no hubiera sentido que una mano se apoyaba suavemente sobre su hombro, y que una voz cariñosa y amante murmuraba á su lado estas palabras con acento sentido y triste:

—¿Qué tienes, hermana mía?

Elena levantó los ojos y vió cerca de sí á

Cárlos, que la contemplaba con una expresion de pena y amor indescriptible.

La pobre niña procuró fingir una sonrisa, y murmuró con sorpresa:

—¡Oh! ¿eres tú, Cárlos? no te he sentido venir.

—Estabas llorando!

—No, te equivocas.

—¡Me equivoco y en tus pestañas aun tiembla una lágrima!

—Es que...

—¿Tienes pesares?

—Yo...

—¿D. Martín...?

—Es el más tierno y el mejor de los padres para mí.

—Entonces... ¿deseas alguna cosa? ¿tienes algun capricho que no puedas satisfacer?

—Ya sabes, hermano, que Dios me ha dado una posicion que excede á cuanto yo habia podido soñar en mi niñez, y por la cual le doy gracias todos los dias.

—Es que eres jóven, casi niña, y á tu edad se sueña mil veces con un objeto cualquiera, insignificante quizá, pero en el cual se cifra la ventura.

—Te juro que nada ambiciono.

—¡Oh! preferiria esto á lo que sospecho.

—Cárlos...

—Mira, yo sé que amas á Ricardo.

Elena bajó los ojos y nada contestó.

—Tú misma me has confesado ese cariño, diciéndome que cifrabas en él tu vida, continuó Cárlos con amargura. Ricardo es bueno, noble, digno de tí... ¡yo nada tengo que oponer á ese amor, puesto que en él está tu ventura! pero si él causara tu desgracia, si por un instante desconociera el tesoro que posee al reinar en tu corazon, si te hiciera derramar una sola de esas lágrimas...

—Gracias, amigo mio, murmuró Elena tendiendo su mano al jóven, gracias! pero tranquilízate; conforme tú has dicho, Ricardo es noble y bueno, y no será capaz de olvidarme nunca por otra, ¿es cierto?

—¿Qué quieres decir?

—Tú eres mi hermano, mi hermano del alma y comprenderás lo que voy á manifestarte; además, cuentas algunos años más que yo y tienes más experiencia del mundo: tú acaso puedes explicarme esta pena, este desconuelo que ahora siento, al que no sé en verdad dar un nombre.

—Pero dí...

—Hace poco he visto á Ricardo.

—¡Ah!

—Le he visto allí, en esa magnífica casa de

enfrente, al lado de una jóven bella, muy bella.

—¿Es posible! ¿pues quién habita ahí?

—No sé; deben ser amigos de la familia de Dervil; así lo decia desde aquel balcon un caballero pálido que les acompañaba.

Y Elena contó á Cárlos cuanto acababa de presenciar, describiéndole despues la dolorosa impresión que aquella sencilla circunstancia habia causado en su alma.

Cárlos la oyó, sufriendo horriblemente, pero sin dejar que asomaran al rostro las emociones del corazon.

Dió su verdadero nombre al pesar amargo de la jóven, llamándole celos. ¡Ay! él los conocia muy bien.

Despues, con una bondad y una abnegacion sublime, disculpó á su amigo; explicó sencillamente su presencia en el palacio de Fanni por una de esas exigencias de sociedad, por una de esas prescripciones de la etiqueta de que es imposible eximirse á veces.

Á medida que Cárlos hablaba, sus palabras iban cayendo en el corazon de la pobre niña como otras tantas gotas de dulce bálsamo, y sus ojos recobraban la animacion y su boca la sonrisa.

—Qué niña he sido! murmuró al fin, qué niña he sido en dudar de él! pero gracias á tí, los temores se disipan, las dudas desaparecen, y la esperanza vuelve á reinar en mi alma. ¡Cuánto te debo! ¡oh! ¡cuánto te debo!

Y Elena, pasando de la tristeza á la alegría con esa facilidad de los pocos años, estuvo risueña, placentera, encantadora, preguntándose á cada paso por qué le habria dado un valor tan inmenso á una tan pueril y tan sencilla causa.

Cuando Cárlos se separó de ella la dejó tranquila y confiada, esperando la venida de Ricardo con más afan y más amor que nunca.

En cuanto á él, salió de aquella casa más triste y preocupado que nunca, murmurando sombríamente:

—¡Cuánto le ama! cuánto hubiera sufrido si yo no le hubiese explicado la conducta que él ha seguido del modo con que acabo de hacerlo! Y sin embargo, no hubiera yo obrado de esa manera! Es que Elena es para mí el universo, la vida, y para Ricardo... ¡oh! ¡quién sabe si será solo una flor cuya belleza halaga su vista sin conmover su corazon; un rayo de sol que presta calor á su vida sin llenar de luz su espíritu! quién sabe, quién sabe si podrá olvidarla! Dios quiera que me engañe y que la ame como la amo yo, aunque mi existencia sea un tormento y mi porvenir una noche sombría.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GOTAS DE BALSAMO.

¿Por qué suspiras, madre,
junto á mi tumba,
tú, que ayer sonreias
ante mi cuna?
¿Dí, ¿por qué lloras,
si miras mi destierro
trocado en gloria?

Ayer... yo lo recuerdo
como un ensueño,
recliné mi cabeza
sobre tu seno.
Despues... ¡oh! nada!
¡solo sentí en mi frente
caer tus lágrimas!

Tuve miedo y espanto,
frío y angustia;
¡qué soledad tan triste
la de una tumba!
¡qué horas tan largas
para dejar la vida
pasan las almas!

Un serafin entonces
con voz muy queda,
así dijo á mi oido:
—Niño, despierta,
rompe tu cárcel,
despierta y sube al cielo,
¡ya eres un ángel!

Y alzándome en sus leves
ligeras alas,
rompimos del sepulcro
la losa helada,
cruzando juntos
espacios infinitos,
y orbes, y mundos.

Mares de luz brillante
do quier veia,
soles esplendorosos,
áuras distintas,
astros sin cuento
que rodando giraban
en torno nuestro.

Temblé y cerré los ojos:
la tierra huia;
pisaba los dinteles
de esa otra vida,

donde los justos
adoran al eterno
Dios trino y uno.

—Espera, dijo el ángel,
alza la vista:
mira á la Inmaculada
Virgen María;
¡á sus piés llega!
inúndate en su gloria
que ya es tu Reina!

Ancho mar de delicias
llenó mi alma.
¡Cuán grande era María!
¡qué hermosa estaba!
y en torno de Ella,
¡qué paz tan inefable!
¡cuánta pureza!

Fijó en mí su divina
dulce mirada,
manantial de consuelo,
fuente de gracia,
y así me dijo
con acento amoroso:
—¡Qué tienes, niño?

Tus ojos están tristes,
tu frente pálida,
en tu casta pupila
tiembla una lágrima:
si eres un ángel,
¿qué tienes, alma mía?
—¡Pienso en mi madre!

Yo era luz de su vida,
yo su esperanza,
y hoy llora sin consuelo
sola y aislada!
¡Ay! triste de ella!
mi dicha turba el eco
de su honda pena.

—Alza tu pura frente,
murmuró amante,
yo de los desgraciados
tambien soy Madre:
seca tu lloro
y vé á ser de la tuya
ángel custodio!—

Desde entonces, doquiera
yo por tí velo;
yo guío tus pisadas,
guardo tu sueño,

tu amargo llanto
lenta gota tras gota
yo voy contando.

Cuando en los cielos fijas
una mirada,
yo me asomo á tus ojos,
leo en tu alma,
y encuentro en ella
cansancio y amargura,
profunda pena!

¡Oh! no llores: tu duelo
mi gloria anubla:
si ese mundo es un valle
de afán y angustia,
¡ay! madre mía,
¿acaso lo que cuesta,
vale la vida?

Mitiga tus pesares,
deja tu llanto,
¿no sabes por ventura
que yo te aguardo?
Si esta es tu patria,
¿qué te importa otro día
de luto y lágrimas?

¡Tras la ruda tormenta
luce la aurora!
tras la lucha, la palma
de la victoria!
cese tu duelo,
y ama y sufre y confía,
¡qué aquí te espero!

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

EL PALACIO DE MONTSABREY.

CONTINUACION.

Y la jóven hizo un movimiento para correr al encuentro de la señora de Montsabrey: el doctor la detuvo con autoridad.

—Es eso lo que me habeis prometido, hija mia! Dominaos un poco. Vuestra madre ha resistido el dolor de perderos: ¿quereis que sucumba al gozo de volveros á encontrar?

—Sí, amigo mio, tendré fortaleza, seré dueña de mí misma, dijo Lucila arrojándose en los brazos de su anciano amigo: pero en nombre del cielo apiadaos de mí, y no prolongueis demasiado tiempo esa dura prueba...

Algunos instantes despues la puerta del palacio se abria de par en par, y el enlosado del patio se movia debajo de las ruedas de la silla de posta. Los dos hermanos habian bajado has-

ta el pié de la escalera, y aunque Federico los siguió, se mantenía un poco apartado. El doctor fué el que abrió la portezuela y bajó el estribo, y luego con mucha galantería ofreció la mano á la señora de Montsabrey. La madre de Lucila estaba tan desmejorada, que los criados agrupados en derredor del carruaje apenas la reconocian: lágrimas de enternecimiento corrían por todas las mejillas. Dirigió en torno suyo una mirada dolorosa, se apoyó silenciosa en el brazo del doctor, y subió con lentitud la escalera: mientras tanto, el párroco que había llamado aparte al vizconde, le iniciaba en el secreto. En presencia de los criados había reprimido su emoción, pero apenas entró en el salón, se dejó caer en un diván y prorumpió en sollozos. Los dos ancianos y el vizconde, sentados junto á ella, contemplaban con un sentimiento que casi se asemejaba al remordimiento, la explosión de aquella desesperación, que con una sola palabra podían transformar en trasportes de alegría.

—Amigo mio, dijo al doctor en cuanto se calmó un poco, enseñadme el retrato de mi hija.

—Señora, replicó con gravedad el doctor, consultad bien vuestro valor. Érais la más infortunada de las madres: acababa de espirar vuestra hija cuando se hizo ese retrato; ¿tendréis fuerza para verle?

—Sí, amigo mio, sí... ¿Mas por qué esas flores? ¿por qué ese aparato de fiesta en medio de mi desolación y de mi luto? ¡Ah! ya lo comprendo, mi hija amaba las flores y habeis querido que todo me hable de ella... Habeis hecho muy bien, amigo mio: me parece que respiro su alma envuelta en esos perfumes... Dadme su retrato, añadió con nuevas instancias.

—Temo...

—Nada temais: he visto morir á mi hija y puedo soportarlo todo.

—¿Estais bien segura, señora?

—Sí, amigo mio, respondo de mí... ¡Ah!... ya lo sabeis, jamás la vida iluminó el rostro de mi pobre Lucila; la muerte no ha podido alterarle.

—Pues bien, señora, dijo el doctor, puesto que estais segura de vos misma, puesto que os hallais preparada á todo, puesto que creéis poderlo soportar todo... volved la cabeza y levantad la vista: vuestra hija se halla encima de vos.

La señora de Montsabrey se estremeció, se volvió con viveza y se quedó inmóvil y como acometida de estupor delante del retrato de Lucila, que Federico había concluido algunas semanas antes. Era una pintura muy buena,

verdaderamente digna del pincel de un maestro. Se conocía que el artista había consultado más de una vez su corazón para reproducir la imagen del modelo. En la frente resplandecía la vida y la juventud; brillaba el pensamiento en la mirada; los labios llenos de bondad, se entreabrían con dulce sonrisa; el pecho respiraba con fuerza y facilidad, y los cabellos caían por las sienes y las mejillas en rizos rubios y graciosos. Había en la expresión de aquel dulce semblante algo del asombro de Psíquís en el momento en que su alma acababa de despertarse á la felicidad.

—¡Dios mio! ¿es un sueño?... exclamó la señora de Montsabrey: ¡vive, respira, piensa, va á hablar!... Oh, amigos míos, es mi Lucila, es mi hija dos veces resucitada...

—Señora, dijo el cura: Dios hace todavía milagros, los hace todos los días; los que no los ven son unos ciegos: los que los niegan son ingratos.

—Dios, que se ha llevado á mi hija, no me la devolverá: murmuró meneando tristemente la cabeza.

—Dios puede devolvéroslo, señora.

—¿Qué decís?... ¡Ah!... ¡dejadme! ¡dejadme!... balbuceó la señora de Montsabrey, pudiendo apenas sostenerse.

—Sí, señora, Dios puede devolvéroslo; Dios lo puede todo, añadió el párroco elevando la voz. Llamad á vuestra hija, llamadla con la fe de una cristiana... Tal vez vereis animarse ese retrato, tomar un cuerpo y desprenderse de su cuadro para venir á caer en vuestros brazos.

La señora de Montsabrey mira alternativamente, con el extravío de la enagenación mental, al cura, al doctor y al vizconde, que se sonreían. Pero todavía dudaba y vacilaba.

—¡Lucila!... ¡Lucila mia!... ¿en dónde estais?... exclamó al fin con voz fuerte y vibrante.

(Se continuará.)

SECCION INFANTIL.

CORONA DE LA INFANCIA.

FLORES DEL CIELO

EL MANTO DE NIEVE.

(Continuacion.)

La cinta y la cruz de Eulalia atrajeron sus miradas y la hicieron estremecer de nuevo, de una manera instintiva y terrible.

—¿Qué es esto, Dios mio! gritó con afán, ten-

diendo la mano á aquellos objetos queridos; ¿qué es esto? ¡su cruz! ¡y ella, y mi hija? ¿dónde está mi hija?

Y despavorida, llena de angustia, corrió de nuevo á la casa gritando sin cesar y llamando á sus criados para pedirles noticia de Eulalia, de la prenda de su corazón.

Todos acudieron á su voz, y sin embargo nadie pudo darle razon de aquella niña á quien habia perdido para siempre en este mundo.

Una consternacion profunda; un duelo inconsolable sucedió á la tranquila alegría que el dia anterior reinaba en aquella casa.

Todos corrian, preguntaban todos y ni una señal ni un vestigio hallaban.

Y así pasaban las horas, y cada una de ellas traia mayor desconsuelo y mayor afán á los que esperaban, sin verla aparecer, á la dulce y pura Eulalia.

Mas cuando el sol se elevaba en medio de los cielos, llenando los anchos campos con la brillante luz del medio dia, un anciano, un pastor que habia pasado su vida al servicio de Eufrosina, apareció en la puerta de la casa y exclamó con tembloroso acento, viendo el dolor de su señora:

—¡No la busqueis, no la busqueis aquí, porque será en vano!

—¿Qué dices?

—Que yo la he visto.

—¿Dónde, dónde? habla pronto.

—En Barcelona.

—¡Oh! gracias, Dios mio, vamos á buscarla.

—¡No vayais, señora, no vayais! exclamó el pobre anciano enjugando una lágrima que rodaba por sus tostadas mejillas.

Eufrosina lo miró loca de terror.

—¿Qué quieres decir! preguntó al cabo con angustiada voz; ¿qué es de ella? ¿dónde está?

—En poder de Daciano; yo la he visto cargada de cadenas en la plaza pública, y acaso á estas horas...

Un grito desgarrador salió del alma de aquella madre: un grito que era todo un poema de amargura y de dolor.

—Vamos, vamos; exclamó dirigiéndose á su esposo que llegaba en aquel momento. Vamos á Barcelona.

—Pero... respondió atónito el desgraciado.

—Su vida está en peligro, dijo Eufrosina cogiéndole con fuerza del brazo, su vida está en peligro. ¡Tú que eres su padre, salva á mi hija!

Un instante despues corrian ambos con la rapidez de una chispa eléctrica por el camino que guiaba á la ciudad.

II.

El sol se ostentaba puro y brillante en un cielo azul, sereno y despejado.

Era más de medio dia, y casi todos los habitantes de Barcelona se hallaban en la plaza pública agitados de mil diversos y encontrados sentimientos.

Un espectáculo nuevo y extraño se presentaba á su vista, y hacia latir sus corazones de un modo violento y angustioso.

Daciano, el enviado del emperador para perseguir y exterminar á los cristianos, se hallaba allí, rodeado de todo su esplendor y haciendo ostentacion de su incontrastable poder.

Su manto de púrpura y oro, su casco de bruñido acero, su aspecto amenazador y terrible y la multitud de soldados y verdugos que le cercaban, hacian el más visible contraste con la figura de una niña blanca como una azucena, débil como la temblorosa hoja de una flor, y sola allí, como sola brilla en medio de los cielos la casta luz de la apacible luna.

Aquella niña sin más adorno que su nevado traje, sin más joyas que su belleza y su inocencia, era Eulalia.

Eulalia con sus pequeñas manos sujetas en unas esposas de hierro, y velada la frente entre sus rubios cabellos como en un manto de finísimo oro.

—¿Á qué has venido? la preguntaba Daciano por centésima vez; ¿á qué has venido á mi presencia?

—Á decirte que soy cristiana, dijo la niña con dulce voz.

—¿Y no sabes que esa confesion puede costarte la vida?

—Sí lo sé; pero pienso que no ama verdaderamente á Dios el que se oculta para adorarle; y por eso he venido á hacer pública mi fé y mis únicas creencias.

Daciano, que miraba absorto la pura belleza y la corta edad de Eulalia, pensó que le seria fácil torcer aquella infantil voluntad, y exclamó de nuevo:

—Veo, bella niña, que estás engañada, que algun iluso cristiano quiere hacerte víctima de sus necias doctrinas, y yo debo impedirlo. Ven, sacrifica á los dioses del imperio, olvida esas vanas ideas, y yo te ofrezco no recordar más tus insensatas palabras y volverte al lado de tus padres, que harto fian en mi paciencia con dejarte venir á que...

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA.

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE F. REYES Y HERMANO,
Plaza de Ayuntamiento, 15.